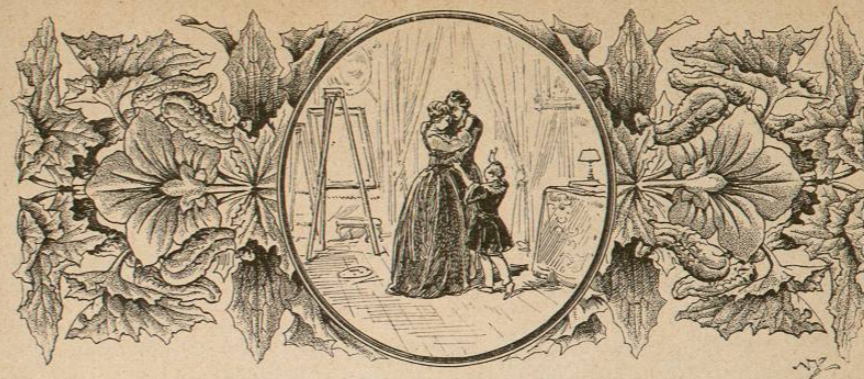


CLARA y ENRIQUETA. ¡Y el tuyo!  
 INÉS. ¡Qué es eso!  
 LORENZO. ¡Qué es eso!  
 LUIS. ¡Qué es eso!  
 CASIMIRO. ¡Qué es eso!  
 CLARA. ¡Nada..., otra boda!  
 INÉS. ¡Isabelita!.. ¡Vaya, me alegro!.. ¡Buena elección!  
 LUIS. (Aparte.) ¡Es mucha historia!.. Mira, Federico, yo me voy á mudar á tu buhardilla.  
 FEDERICO. Corriente.  
 ISABEL. (Aparte á Federico.) ¿Haremos tapiar la puerta?  
 FEDERICO. Sí, hija mía, sí.



## LA MUJER DE UN ARTISTA

COMEDIA EN DOS ACTOS

### PERSONAS

CLERMONT, pintor. — MATILDE, su mujer. — EL VIZCONDE DE RETHEL.  
 AGUSTÍN. — VICTORINA. — (París. — 1838)

### ACTO PRIMERO

El estudio del pintor. Cuadros, caballetes, etc.

#### ESCENA PRIMERA

EL VIZCONDE, VICTORINA

VIZCONDE. ¡Cómo! ¿Aún no ha salido Clermont á su estudio?

VICTORINA. No, señor; el ama no quiere que baje tan temprano: casi todos los días se levanta al amanecer, y se está pintando sin alzar cabeza hasta que anochece; y la señora se enfada, y el médico también, porque dice que está destruyendo su salud y muy expuesto á perder la vista.

VIZCONDE. ¡Cáspita! ¡Cuidado con eso! La vista es de primera necesidad para un pintor..., y para un marido, y marido de tan linda muchacha.

VICTORINA. Por lo que hace á la señora, ninguna necesidad hay de que nadie la cele: ella sabe guardarse..., y esto es lo que digo á vos, que aunque sois algo calavera, conozco que tenéis buen fondo, y... en fin, lo que yo os digo es que todos los que la andan alrededor... pierden su tiempo.

VIZCONDE. ¿De veras?

VICTORINA. ¡Oh! Respondo de ella como de mí misma.



- VIZCONDE. ¿Y puedes tú responder de ti misma? Te parece á ti, Victorina, que si uno quisiera tomarse el trabajo..
- VICTORINA. Hagamos la prueba... Porque sois un señor vizconde con jokey y tilbury y lente, ¿pensáis que podríais conquistarme?
- VIZCONDE. ¿Por qué no? Pues no te ha conquistado Agustín, el aprendiz de tu amo...
- VICTORINA. ¡Dale!
- VIZCONDE. ¿Que anda á pie, y es tan torpe y tan zopenco? Digo, me parece que hay alguna diferencia.
- VICTORINA. No sois mal mozo.
- VIZCONDE. Vamos, desengáñate, que si yo me empeñara... No lo digo precisamente por ti..., ni por tu ama, mujer de un artista distinguido...
- VICTORINA. ¡Mi ama! ¡Ya estáis fresco! Mi ama quiere mucho á su marido, que es joven, que es amable, que es rico, como lo son ahora todos los artistas. Él con su talento gana mucho dinero.
- VIZCONDE. Y gasta más de lo que gana. ¡Oh! Lo sé de buena tinta; y si tú, Victorina, quisieras hacerme un favor que voy á pedirte, te ofrecería proteger tus amores con Agustín, y darte... (La abraza.)
- VICTORINA. ¿Qué?. ¡Un abrazo! ¡Quitad!
- VIZCONDE. Ha sido una distracción: estaba pensando en otra mujer.

## ESCENA II

DICHOS, AGUSTÍN

- AGUSTÍN. (Deteniéndose.) ¡Qué veo! ¡Me suben unos vapores á la cabeza!..
- VIZCONDE. ¡Oh! ¡Aquí está el amigo Agustín! ¿Cómo va, futuro Rafael? ¿Se adelanta?
- AGUSTÍN. Me parece que sí, señor vizconde. (Aparte.) ¡Que me suceda á mí esto!
- VICTORINA. ¡Ya venís con lienzos y colores! ¡Contenta se va á poner la señora! Ya sabéis que no quiere que el amo trabaje, que se lo tiene prohibido, porque dice el médico que va á perder la vista, y quiere llevarselo al campo por un par de meses.
- VIZCONDE. ¿De veras?
- AGUSTÍN. Todo eso lo sé yo tan bien como vos. ¿Y qué tenemos? Yo soy aprendiz de pintor, y no puedo faltar á mi consigna. Me dice el maestro: «Agustín, anda á la droguería:» y voy á la droguería. «Agustín, compra un lienzo de cuarenta y dos pulgadas,» y compro un lienzo de cuarenta y dos pulgadas. ¡No hay remedio! (A Victorina, que se ríe.) ¿Os reís? ¡Me gusta! (Aparte.) Reirse después de lo que acaba de hacer! — Y según veo, el señor conde es inteligente.
- VIZCONDE. ¡Yo! No entiendo jota de pintura. En el colegio no pasé de narices y orejas.
- AGUSTÍN. Entonces ¿á qué diablos venís aquí todos los días?
- VIZCONDE. (Riendo.) ¡Yo!..
- AGUSTÍN. Sí, señor, vos.
- VIZCONDE. A verte á ti.
- AGUSTÍN. ¡Pues es capricho!
- VIZCONDE. (Sentado y contemplándolo.) Tienes unas narices y unas orejas que mere-

- cen contemplarse bien; y como ya te he dicho que es de lo único que entiendo...
- AGUSTÍN. Ya sé yo de lo que vos entendéis, señor vizconde. ¡Vaya! Un señor con tanto dinero, con tanto boato..., yo me entiendo.
- VIZCONDE. ¿Y qué?
- AGUSTÍN. Si digo que yo me entiendo. ¡Un señor que está abonado á la ópera, adonde van las damas de alto copete, á quienes puede hacer señitas y echar el lente, venirse aquí á quitarle á un pobre su trapillo!..
- VIZCONDE. ¿Qué le ha dado?
- VICTORINA. ¡Se ha vuelto loco!
- VIZCONDE. ¡Se insurrecciona!
- AGUSTÍN. ¡Sí, señor! ¡Me insurrecciono! ¡Me exalto! ¡Me levanto en masa! ¡A mí nadie me la pega en mis barbas..., en mis narices!.. Ya que entendéis de narices. (Agarrando el tiento.)
- VICTORINA. ¡Ha perdido el juicio!
- VIZCONDE. ¡Insolente! No sé cómo aguanto... (Levanta el bastón. — Aparece Clermont en traje de pintor, con su gorro griego, y se coloca entre los dos, sirviéndose de su paleta como de un escudo.)

## ESCENA III

DICHOS, CLERMONT

- CLERMONT. ¡El cuadro de las sabinas! Exactamente. ¡Gloria á David!
- VIZCONDE. ¡Oh! Buenos días, querido Clermont.
- CLERMONT. ¡Salud al más amable de los vizcondes! (Dirigiéndose á Agustín.) ¡Cómo es eso! ¡Tú enristras la lanza contra un caballero francés, y conviertes mi estudio en un palenque! ¡Zopenco! Si al menos te pusieras en actitud..., ese brazo adelante, esa pierna atrás... ¡Eh! Anda á moler color.
- AGUSTÍN. (Yéndose al fondo.) Si pudiera yo moler...
- CLERMONT. ¿Y á qué debo, querido vizconde, el honor de esta visita tan de mañana?
- VIZCONDE. Ya sabéis que yo protejo las artes.
- CLERMONT. A fuer de gran señor.
- VIZCONDE. Y sin entender una palabra.
- CLERMONT. (Riendo.) Pues eso quise decir.
- VIZCONDE. Verdad es; pero los artistas... ¡oh! los artistas son mis amigos, mis camaradas, y siempre que puedo serles útil...
- VICTORINA. (Sentada en el fondo haciendo labor.) ¡Haya truhán!
- VIZCONDE. Ante todas cosas, quiero encargaros un cuadro.
- CLERMONT. ¡Bravo!
- VIZCONDE. Pero con una condición. Dicen que necesitáis respirar el aire del campo, y quiero que os vengáis á mi quinta..., seis leguas de aquí..., una posesión deliciosa.
- CLERMONT. ¿Y mi mujer?
- VIZCONDE. Viene con nosotros.
- CLERMONT. No hay más que hablar. Acepto.
- VICTORINA. (Levantándose.) Pero, señor...
- VIZCONDE. Y tú también, Victorina: no te apures, vendrás con tu señora.
- AGUSTÍN. ¡Se puede sufrir esto!



CLERMONT. (Volviéndose.) ¡Hombre! ¡Qué buena actitud! Estáte así un poco.

AGUSTÍN. Pero, señor.

CLERMONT. ¡No te muevas! ¡Ese brazo levantado; con mucha gracia! Aguarda..., me servirás para mi Francisca de Rimini.

AGUSTÍN. ¿Yo haré de Francisca?

CLERMONT. No, majadero. Tu estarás aquí... ¿No ves ese caballo blanco?

AGUSTÍN. (Con enfado.) Yo no quiero hacer de caballo.

CLERMONT. ¡No, hombre! Harás del esclavo que lo tiene de la brida, mientras Paolo se despide de su amada. (Le pone los dos brazos en alto.) ¡Es una cabeza de estudio, y tu cara muy á propósito! ¡Estúpida, salvaje, perfecta! No te muevas.

VIZCONDE. (Que mira un retrato.) ¡Qué bien está! ¡Pero calla! ¡Yo conozco esta cara!

CLERMONT. ¿Sí?

VIZCONDE. Sin duda. Aunque la he visto pocas veces..., en casa de mi abuela la baronesa..., hace ya muchos años... Era un señor muy vano y engreído con su nobleza..., el barón de Saint-Dizier.

CLERMONT. El mismo es.

VIZCONDE. ¿Y cómo se halla aquí?

CLERMONT. Como retrato de familia: es mi padre político.

VIZCONDE. ¡Vuestro padre político! ¡El barón de Saint-Dizier! ¡De la más antigua nobleza de Francia! Y vos...

CLERMONT. (Pintando.) Hijo de un aldeano, de un labrador, y que desde muchachuelo me divertía en dibujar con carbón caballos y borricos en las paredes del pueblo.

AGUSTÍN. (Dejando la postura.) ¡Vaya!

CLERMONT. ¡Estáte quieto! Llegué á París á pie; me acomodé en un sexto piso... ¡Famoso cuarto! ¡Cuarto de artista..., próximo á los cielos! Cinco años después ya estaba andando camino de Roma, con el primer premio de pintura... ¡Ah, qué tiempos aquellos! ¡Sin un cuarto en el bolsillo, pero con la imaginación llena de gloria... y el corazón de amor!

VIZCONDE. ¡Enamorado ya!

CLERMONT. Y á no ser así, ¿hubiera obtenido el primer premio? El barón de Saint-Dizier me mandó llamar para que diese lección á su hija..., ¡hermosa criatura!, apenas tenía quince años..., y á fuerza de verla todos los días..

VIZCONDE. ¿Os declarasteis á ella?

CLERMONT. ¡Jamás! Nunca le dije una palabra; pero... gané el premio. Fui á Roma, trabajé, volví con aquel cuadro..., ya os acordáis..., le visteis en la exposición..

VIZCONDE. ¡Magnífico! Todo París le admiró.

CLERMONT. Me lo compró el rey, y además otros muchos cuadros... En fin, me hallé en poco tiempo con cincuenta mil francos de ganancia, y con encargo de pintar cuadros que debían valerme otro tanto: con fama, con amigos... Pues señor, voyme á casa del barón de Saint-Dizier, y sin andarme en rodeos le pido su hija.

VIZCONDE. ¿Y qué?

CLERMONT. (Pintando.) Me mandó echar á la calle.

VIZCONDE. ¡Es posible!

CLERMONT. (A Agustín, que se cansa de la postura.) Hombre, ¿quieres estarte quieto? No sé qué tiene este maldito lienzo; se oscurece todo de una manera... Apenas distingo los colores.

VIZCONDE. Conque adelante.

CLERMONT. Pues, como iba diciendo, aquello me llegó tan al alma, que estuve dudando si pegarme un tiro ó trabajar más: el último partido era el más duro, pero el menos cobarde, y lo adopté: me fui á Rusia. A mi vuelta, las cosas habían mudado de aspecto: el barón de Saint-Dizier, desgraciado en sus especulaciones, había muerto arruinado y lleno de deudas, ¡Ah, bien hice en no matarme! Yo traía de Rusia muchos miles de rublos..., muchos, muchos. Conque pagué todas las deudas del barón, y en seguida me presenté á su hija, y sin decirle una palabra de lo que acababa de hacer por el honor de su padre, le confesé que la amaba, le conté todo lo que había sufrido; y ella..., á pesar de su ilustre cuna, de su elevado rango, consintió en dar su mano á este pobre artista. ¡Oh! ¡Para vosotros los nobles es esto un gran sacrificio! Yo he comprendido todo su valor; y para que sea tan feliz como merece, aquí me tenéis desde por la mañana hasta por la noche sin soltar los pinceles.

VICTORINA. ¡Pues!.. Matándoos, perdiendo la vista por instantes.

CLERMONT. ¡Ah! ¡Soy tan feliz, amigo vizconde! ¡Mi mujer!.. ¡Mi mujer y mi hijo!.. Cuando me siento cansado pienso en ellos, y late con más fuerza mi corazón, mi mano se reanima, y el pincel corre por sí solo... (A Agustín, que se ha acercado á escuchar.) ¿Qué haces aquí, majadero? ¡A tu caballo, á tu caballo, que se escapa! ¡Vamos! ¡Brida en mano!

AGUSTIN. (Volviendo á su actitud.) ¡No hay miedo! ¡Ya lo tengo agarrado!

CLERMONT. ¡Bien!.. ¡Así! – ¡Ahora estoy inspirado! Sólo con hablar de mi Matilde...

VIZCONDE. ¿Sabéis que el cuadro está adelantado? (Victorina entra en la habitación de Matilde.)

CLERMONT. Como que pienso acabarlo antes que concluya el mes.

VIZCONDE. Mucha prisa tenéis que daros, porque hoy estamos á 25.

CLERMONT. (Con sorpresa.) ¡A 25! ¿De veras?

VIZCONDE. Sin duda alguna.

CLERMONT. (Con desaliento, dejando de pintar.) ¡Dios mío!

VIZCONDE. ¿Qué tenéis?

CLERMONT. Nada, nada... ¡A 25! Agustín, dame la ropa: voy á salir.

AGUSTÍN. ¡Ahora dejáis el trabajo..., cuando estábamos inspirados!

CLERMONT. Ya no lo estoy. (Aparte.) ¡A 25! ¿Cómo es posible que estemos hoy á 25? Trabajando de día y de noche, sin levantar cabeza..., se me pasan los días sin sentirlo, y... ¡Ah! Despacha, mi ropa: tengo prisa.

VIZCONDE. Os llevaré en mi cabriolé.

CLERMONT. Mil gracias...

VIZCONDE. Tengo que ir á almorzar con mi tía la duquesa de Orvigni..., en la calle de Tournón. ¿Es ese vuestro camino?

CLERMONT. Mi camino... (Aparte.) ¡Ah! ¿Dónde he de ir? Yo no sé quien es la persona á quien se ha endosado la letra.

MATILDE. (Dentro.) Lleva esa ropa al estudio de tu amo.

CLERMONT. Oigo la voz de Matilde..., aquí viene. (A Agustín, que sale con la ropa.) Vuelve á llevarte la ropa: ya no salgo: voy á seguir pintando. Vos, querido vizconde, no os detengáis por mí.

VIZCONDE. ¡Cómo!

CLERMONT. La duquesa os aguarda; pero si os fuere posible, después del almuerzo llegaos por acá un instante..., os diré cierta cosa..., un favor que tengo que pedir.



VIZCONDE. Ahora mismo.

CLERMONT. No, no..., no quiero que mi mujer lo sepa.

VIZCONDE. Pues bien: volveré. (Aparte.) ¡Bravísimo! ¡Voy á ser confidente del marido!

VICTORINA. (Saliendo con un vaso de flores.) La señora viene.

CLERMONT. (Aparte al vizconde.) Es un secreto...

VIZCONDE. Nada deseo tanto como poder probaros mi amistad. Volveré pronto.

Adiós.

CLERMONT. Adiós. (Vase el vizconde.)

#### ESCENA IV

DICHOS, MATILDE

CLERMONT. (Yendo á su encuentro.) Buenos días, Matilde mía. ¡Cuánto te agradezco que vengas á inspirar con tu presencia al artista!

MATILDE. Al contrario, vengo á impedir que continúe, porque hace ya mucho rato que trabaja.

CLERMONT. ¿Yo? Si no he pintado nada: no he hecho más que hablar... de ti.

MATILDE. (Sonriendo.) ¿Con quién?

CLERMONT. Con el vizconde de Rethél.

MATILDE. (Mudando de tono.) ¡Qué! ¿Es el que acaba de salir?

AGUSTÍN. Aquí pasa todo el día.

CLERMONT. ¡Es tan apasionado á las artes!

AGUSTÍN. Y á otras cosas. (Mirando á Victorina.)

MATILDE. ¡Cómo!

AGUSTÍN. No hace nada de tiempo que le pillé aquí..., haciendo la corte á la señora Victorina. ¡Sí, señor! Quiero decírselo á la señora.

MATILDE. ¡Cómo! ¡Victorina!..

VICTORINA. Señora, yo os contaré lo que ha sido.

MATILDE. Bien, Agustín, di que sirvan el almuerzo.

AGUSTÍN. Voy, señora. (A Victorina.) ¡Eh! Es una picardía engañar así á un hombre como yo, que iba con buenos fines, por otro que sólo trata de... Voy, señora, voy. (Vase.)

#### ESCENA V

CLERMONT, MATILDE. Después, VICTORINA

CLERMONT. Este se ha vuelto loco. El vizconde ha venido á convidarnos á ir á su quinta por unos días.

MATILDE. ¿Y has aceptado?

CLERMONT. Por supuesto: además me ha encargado un cuadro, que me pagará bien.

MATILDE. ¿Y qué falta nos hace?.. ¿No lo pasamos bien?.. Hasta con lujo..., demasiado tal vez.

CLERMONT. Nada de eso: un artista en este siglo debe vivir con lujo: así se hace notar el progreso de las artes y las luces. Tenemos gran casa, gran mesa, coche... Yo gano más que quiero; justo es que trate de proporcionarme placeres..., y mi mayor placer es verte hermosa.

MATILDE. ¡Qué locuras! ¿A qué venía aquel aderezo que me compraste el otro día?

CLERMONT. Era indispensable. Tenías que ir á aquel concierto, donde debías cantar... ¡Ay, qué voz! ¡Qué expresión! ¡Qué maestría! ¡Aplaudían todos con tanto entusiasmo!.. Menos yo, que estaba allí en un rincón sin saber lo que me pasaba.

MATILDE. ¡Sí, sí, aplausos de sociedad!

CLERMONT. ¡Ah! No lo creas. Yo oía decir á todos, empezando por el vizconde de Rethél: «¡Qué voz! No hemos oído ninguna que se le parezca. ¡Qué lástima que no cante en el teatro!» ¡Si ellos supieran tu genio! ¡Si vieran el mal rato que pasas por tener que cantar solamente una pieza delante de algunas personas! Y por eso tal vez no has querido volver, á pesar de haberte convidado tantas veces.

MATILDE. Son fiestas muy caras para nosotros.

CLERMONT. ¡Qué disparate! ¡Caras! No hay nada caro para ti. ¿No están aquí mis pinceles? ¿Qué te hace falta? ¿Qué deseas? ¿Un traje? ¿Un palco abonado en la ópera? Habla y lo tendrás al instante. Con pintar un cuadro ó hacer un par de retratos, ya estamos listos. Y hay quien tiene á menos al artista que gana su fortuna y su independencia con el pincel ó la pluma... y saludaría con respeto al que se hubiera enriquecido estafando al Estado ó robando en la Bolsa.

MATILDE. No; pero merece reprensión el que abusa inútilmente de su salud y de sus fuerzas. Y lo que exijo es que rehuses el convite del vizconde de Rethél...; que, dócil á los consejos del médico, cuides de tu vista, que se va debilitando por días; en fin, que dejes de trabajar.

CLERMONT. Sí..., muy pronto; pero todavía no.

MATILDE. ¿No tenemos ya nuestra suerte asegurada? Así me lo has dicho, al menos, mil veces.

CLERMONT. Ciertamente. (Llaman. - Aparte.) ¡Oh Dios! Si será... (A Matilde.) Nada tenemos ya que temer; estamos á cubierto de cualquier revés. (A Victorina, que sale.) Si me buscan, que pasen á la sala.

VICTORINA. No, señor..., es la modista.

CLERMONT. ¡Ah! Es cierto..., traerá la cuenta; pero ahora... tengo que trabajar.

MATILDE. Dile que vuelva mañana.

CLERMONT. Sí, mejor será; no tengo ahora gana de...

MATILDE. Di al mismo tiempo que no reciban á nadie.

CLERMONT. Tienes razón; á nadie..., excepto al vizconde.

MATILDE. ¡Cómo! ¿Va á volver?

CLERMONT. Sí..., me lo ha prometido.

VICTORINA. Como el amo le dijo que tenía que pedirle un favor...

MATILDE. ¡Un favor!

CLERMONT. (Impaciente.) Que está esperando la modista: vamos, ¿es cosa de tenerla ahí, por estar charlando?

VICTORINA. Voy, señor, voy... (Aparte.) ¡Nunca le he visto tan enfadado! (Vase.)

#### ESCENA VI

CLERMONT, MATILDE

CLERMONT. Estas criadas son lo más charlatán..., en todo se meten; y ésta...

MATILDE. Es mi ahijada.

CLERMONT. Sí, pero...



MATILDE. Muy buena muchacha..., de toda mi confianza.  
 CLERMONT. Enhorabuena; pero al fin..., es criada.  
 MATILDE. (Riendo.) Es decir..., habladora.  
 CLERMONT. Es decir..., criada.  
 MATILDE. Pues bien: ya que ella, cediendo á su naturaleza mujeril, ha dicho... lo que ha dicho, el mal está hecho; pero yo quiero aprovecharme de su indiscreción para preguntarte, querido mío, ¿qué favor es ese que le ibas á pedir al vizconde?  
 CLERMONT. Nada... Se trata de un cuadro original, un *Pablo Veronese*, que tiene él y que yo quería ver.  
 MATILDE. ¡Oh, no! Para eso no hubieras hecho misterio conmigo.  
 CLERMONT. Pues bien: es cierto... Eran detalles artísticos..., cosas que tú no debes saber.  
 MATILDE. No insistiré más; pero yo también quiero pedirte un favor.  
 CLERMONT. ¿Y cuál?  
 MATILDE. Que no le vuelvas á pedir favores al vizconde; que no los admitas de él, y sobre todo que no vayamos á su casa de campo.  
 CLERMONT. ¿Y por qué?  
 MATILDE. (Sonriendo.) ¡Oh! Son detalles domésticos..., cosas que tú no debes saber.  
 CLERMONT. (Poniéndose á pintar.) ¡Hola, tomas la revancha! ¿Darás acaso fundamento á eso que ha dicho el majadero de Agustín?  
 MATILDE. No es solo Agustín...  
 CLERMONT. ¡El vizconde hacer cocos á la pobre Victorina! Un señorito del gran tono, que anda siempre enredado con duquesas y condesas..., yo lo sé..., él mismo me lo ha contado.  
 MATILDE. ¿De veras?  
 CLERMONT. Me lo cuenta todo. ¡Oh, los grandes y los artistas son siempre amigos! ¡Me ha contado cosas!.. (Riendo.) ¡Dos maridos que lo quieren con extremo!.. Sin sospechar...  
 MATILDE. (Riendo.) ¡Dos!  
 CLERMONT. Dos.  
 MATILDE. Te equivocas.  
 CLERMONT. No tal.  
 MATILDE. Lo menos son tres.  
 CLERMONT. Él me ha dicho dos.  
 MATILDE. Pues yo te digo que conozco el tercero..., ¡cosa particular!, que está pintando en este momento.  
 CLERMONT. (Dejando caer el pincel.) ¡Cómo! ¿Sería?..  
 MATILDE. Sí, amigo mío, sí..., ya que me obligas á decirlo; y Dios sabe que mi intención era que lo ignorases siempre.  
 CLERMONT. ¿Se atreverá á hacerte la corte?  
 MATILDE. Un mes ha que no hace otra cosa: ahí tienes por qué me he negado á volver á esas sociedades, á esos conciertos de que hablábamos antes.  
 CLERMONT. ¿A pesar de los aplausos?  
 MATILDE. Esos aplausos son harto peligrosos. Y tú empeñado en que no faltara, particularmente á los ensayos todas las mañanas.  
 CLERMONT. ¡Es verdad! Cuántas veces te he instado, te he molido... «Mujer, que ya es tarde: mujer, que te están esperando.» ¡Ah! Los maridos... serán siempre maridos.

MATILDE. (Alargándole la mano.) ¡No... cuando son amados!  
 CLERMONT. ¡Y yo!.. ¡Aquí en mis barbas, y sin ver nada!..  
 MATILDE. Bien te decía yo que ibas perdiendo la vista. ¿Y ahora me crearás?  
 CLERMONT. Sí, Matilde mía; te creeré siempre.

## ESCENA VII

DICHOS, VICTORINA

VICTORINA. El señor vizconde sube la escalera.  
 CLERMONT. ¡Hola! ¡Esto es demasiado!  
 MATILDE. Cuidado que se te escape una palabra que pueda comprometerme con él: tú debes ignorar esto.  
 CLERMONT. No tengas miedo: los maridos, cuando no están en antecedentes, suelen ser pesados; pero cuando saben lo que pasa... tienen la mejor pasta del mundo. Con ellos no se corre peligro.

## ESCENA VIII

DICHOS, EL VIZCONDE

VIZCONDE. Ya veis, querido Clermont, cómo he despachado por vos el almuerzo de mi tía; y aun hubiera venido más pronto, á saber que había de hallar aquí á vuestra linda esposa.  
 CLERMONT. (Aparte.) ¡Pues..., esto es lo que le decía todos los días; y yo!..  
 MATILDE. No tiene nada de extraño hallarme en el estudio de mi marido.  
 VIZCONDE. No, ciertamente. Y desde que he sabido esta mañana que la esposa del famoso artista es la hija del barón de Saint-Dizier, se ha aumentado, si es posible, el respeto y el cariño que os profeso.  
 CLERMONT. (Aparte.) ¡Aprieta! (Tarareando y dibujando en un lienzo.) Tra la... la... la...  
 VIZCONDE. Y vos, señora, no dejéis de herosear con vuestras gracias, con vuestra divina voz las reuniones de París. (Clermont tararea.) ¡Qué buen humor tiene hoy el amigo Clermont!  
 CLERMONT. ¿Sí, eh?  
 VIZCONDE. Señal de que se siente mejor. ¡Que será cuando haya pasado unos días en el campo!.. ¿Ya os habrá dicho que os venís conmigo?  
 MATILDE. Yo temo abusar de vuestras bondades.  
 VIZCONDE. ¡Abusar! Para mí es la mayor felicidad emplearme en obsequio vuestro: disponed de mí, de cuanto yo valgo, si alguna vez puedo seros útil.  
 CLERMONT. ¡Poco á poco, poco á poco, amigo vizconde! Vos no habéis venido aquí á hacer el favor á mi mujer, sino á mí.  
 VIZCONDE. (Sonriendo.) Es cierto.  
 CLERMONT. ¿Vos sin duda habéis creído que, no constituyendo el marido y la mujer más que una sola persona, era igual?  
 VIZCONDE. Con corta diferencia; (A media voz.) y como yo creía que el favor de que me habéis hablado era un secreto entre los dos...  
 CLERMONT. Tal me propuse; pero luego he reflexionado que no teniendo mi mujer



- secretos para mí, no debía yo tampoco tenerlos para ella. ¿No os parece?, así debe ser en todo buen matrimonio; y el favor que os quería pedir era un consejo.
- VIZCONDE. ¿Un consejo? Hablad: es lo que se da en el mundo con más facilidad.
- CLERMONT. Vos sois apasionado á las artes (Mirando á Matilde.) y á todo lo que les pertenece, y quiero consultaros acerca de un cuadro que debo empezar hoy: un cuadro de familia..., una escena doméstica.
- VIZCONDE. ¡Oh! Son los que más me gustan; y francamente, algo entiendo de eso.
- CLERMONT. Tanto mejor. Pues señor, yo escojo para mi cuadro el momento en que un pobre diablo de marido, muy sandio y muy bonachón, como la mayor parte de ellos, descubre que un buen amigo que lo visita..., es muy amigo suyo..., demasiado amigo... ¿Ya me entendéis?
- VIZCONDE. ¡Perfectamente! ¿Y cómo lo ha descubierto?
- CLERMONT. ¡Eso no importa, hombre! En un cuadro no se explica el cómo: se presenta la escena y las principales figuras. Por ejemplo, aquí el marido..., así..., una fisonomía de evangelista..., parada..., atónita..., y un poco estúpida..., porque todos lo son en semejante caso. — La mujer..., allí..., aire de nobleza y dignidad..., fisonomía llena de expresión..., está un poco turbada..., sus facciones respiran candor é inocencia..., y un si es ó no es de inquietud. Pero lo que vos no veis es la figura del galán: (Sorpresa del Vizconde.) esa sí que es admirable: la tengo aquí..., la estoy viendo..., un poco desconcertado..., inquieto..., sin saber qué postura guardar: veo en su cara tintas blancas, tintas rojas: pondré un poco de sombra..., y nada de amarillo, no vaya á parecer un conspirador..., ¡buena cabeza! (Mirando á Victorina, que ríe por lo bajo.) Y detrás, en segundo término, una criadita que se sonríe malignamente, fingiendo que limpia una silla. Esto como episodio: como detalle..., ¿entendéis?, será gracioso.
- VIZCONDE. (Acercándose.) Sí..., muy gracioso.
- VICTORINA. (Acercándose.) ¡Señor!.
- MATILDE. (Levantándose.) ¡Querido!.. (Estos tres movimientos se harán á un tiempo.)
- CLERMONT. (Con viveza.) ¡Quietos, quietos; no os mováis! Casualmente estáis colocados del modo más exacto para mi objeto. ¡Bien! ¡Ya tengo mi cuadro! Permaneced en esa postura, y no hago más que copiarlo del natural.
- VIZCONDE. ¡Perfectamente: amigo Clermont, lo comprendo muy bien: el efecto será admirable!
- CLERMONT. Poco á poco. El cuadro no está acabado..., y sobre eso justamente quería pedir os vuestro parecer.
- VIZCONDE. ¿Sobre el modo de acabarlo?
- CLERMONT. Precisamente.
- VIZCONDE. Puede ser de varias maneras: por ejemplo, el amigo, viéndose poner en ridículo, puede incomodarse y pedir una satisfacción.
- CLERMONT. (Dejando la paleta.) ¡Sin demora!
- MATILDE. (Poniéndose delante.) ¡Caballero!
- VIZCONDE. Pero eso sería mezquino, de mal tono. Mejor me parece suponer al amigo un joven de buenos sentimientos; amigo, sí, de galantear á las damas, pero dispuesto, cuando no ha podido obtener favores de una, á consolarse con otra.
- MATILDE. (Aparte.) ¡Bien!
- VIZCONDE. Y que lejos de guardar rencor á las que le han desdennado, sabe respetar en ellas la virtud, el nacimiento, la hermosura... Hay más..., yo quisiera que el tal se vengara del marido por medios generosos.
- CLERMONT. (Con viveza.) ¿Cómo?

- VIZCONDE. No sé precisamente..., á ver; éste puede ser que os venga al caso. Supongamos que el marido aparenta ser rico, y sin embargo está algo apurado..., que gasta más de lo que gana.
- CLERMONT. (Queriendo hacerle callar.) Señor vizconde...
- VIZCONDE. Que ha firmado algunas letras que están en circulación..., una principalmente de seis mil francos, la cual debe pagar el día 25.
- MATILDE. ¡Es posible!
- CLERMONT. (A Matilde.) ¡No lo creas..., no es cierto!
- VIZCONDE. Aquí está. (Sacando la letra.)
- CLERMONT, MATILDE y VICTORINA. (Asombrados.) ¡Cielos!
- VIZCONDE. (Contemplando su actitud.) ¡Quietos!.. ¡No os mováis!.. He aquí un cuadro que en su género vale tanto como el otro. ¿Eh, qué os parece? El asunto es magnífico..., mirad las figuras. ¡Oh, si yo supiera pintar, haría un hermoso cuadro..., sin más que copiarlo del natural!
- CLERMONT. Señor vizconde, esa letra...
- VIZCONDE. Me ha sido endosada.
- CLERMONT. (Con viveza.) Pues yo no quiero deber nada á nadie: la pagaré..., la pagaré mañana..., hoy mismo...
- VIZCONDE. Cuando gustéis. (Rompiéndola.) Ya nadie os la podrá presentar. (Saluda á Matilde y se va.)
- MATILDE. (A Victorina.) Anda, cierra la puerta; que nadie entre.
- CLERMONT. (Aparte, cayendo sobre un sillón.) ¡Ah, se ha vengado cruelmente!

## ESCENA IX

CLERMONT, MATILDE

- MATILDE. (Acercándose á Clermont.) ¡Ah! ¡Me has engañado!
- CLERMONT. ¡Matilde!.. ¡Vida mía!.. ¡Perdóname!
- MATILDE. ¡A mí sola es á quien no puedo perdonármelo!
- CLERMONT. No creas que ha sido por desorden, ni por mala conducta: yo no gasto nada..., yo no necesito nada, yo estoy acostumbrado á las privaciones, á la miseria: una cama, una silla, el caballete..., un artista no necesita más muebles.
- MATILDE. Y entonces, ¿de qué son esas deudas, ese gasto loco?
- CLERMONT. ¡Ah, yo tenía mis razones!..
- MATILDE. ¿Cuáles? Habla... ¡Vamos, confiésemelo todo!
- CLERMONT. ¡Matilde! ¡Querida mía! ¡Tú me hiciste tan feliz dándome tu mano!.. Y yo no quise que mi felicidad te costara jamás el menor disgusto: tú te habías criado en el lujo, en la opulencia; yo no quería que mudases de posición y he hecho los mayores esfuerzos para que no hallaras una notable diferencia entre la casa de tu marido y el palacio de tu padre.
- MATILDE. ¡Cómo! ¿Por eso te levantabas antes de amanecer y trabajabas á veces hasta la noche?
- CLERMONT. Porque tuvieras esa linda carretela, esa elegante habitación.
- MATILDE. ¡Por eso!
- CLERMONT. Sí: yo te veía lucir y excitar la envidia de muchas, y me llenaba de orgullo, y decía entre mí: «Creyeron que casándose conmigo se iba á obscurecer... Pues no.» Y mis sueños llegaban hasta ambicionar hacerte baronesa ó